

El Evangelio de Lucas como Teología Narrativa

Dr. Joel B. Green



Tomado de: Misioneros servidores de la palabra / Virgen del magnificat

Puede que algunos de nosotros hayamos aprendido a "hacer" teología a la manera moderna: documentando lo que la Iglesia cree en forma de libro o de varios libros. Sin embargo, hace cientos de años los "teólogos" eran "biblistas" y los "biblistas" eran "teólogos". Ellos "hacían" teología en forma de sermones y material catequético para los fieles, así como ensayos polémicos en respuesta a los detractores de la Iglesia.

Cuando identificamos a Lucas como teólogo, nos tomamos en serio que "hacer" teología también puede adoptar otra forma, concretamente, "a través de una narración evangélica".

En esta ocasión, por tanto, quiero centrarme en un texto bien conocido, el Cántico de María, para reflexionar sobre lo que teológicamente dice respecto a Dios. Para ello, no leeré El Magnificat como un poema aislado, en vez de ello, lo leeré como un texto importante situado al principio de la narración lucana.

El Evangelio de Lucas -y con él los Hechos de los Apóstoles- se ocupa ante todo del Dios de Israel que se ha acercado para salvar a su pueblo y, al hacerlo, ha extendido la invitación a la salvación en la plenitud de sus beneficios para todos los pueblos.

Esta afirmación teológica puede sorprender a quienes están acostumbrados a resumir el Evangelio de Lucas simplemente contando la historia de Jesús. Sin embargo, las narraciones son conocidas por el objetivo global principal que las impulsa y, en el Evangelio de Lucas, ese objetivo es de Dios.

En el Evangelio de Lucas, el propósito de Dios se manifiesta decisivamente en la persona, la misión y el mensaje de Jesús, pero es el propósito de Dios el que se revela. Y es en torno a este propósito divino que los personajes de la narración se orientan, ya sea aliándose con el plan de Dios a través de la lealtad al reino de Dios o alineándose en contra del plan de Dios.

Cántico de María

"Y dijo María:

«Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava,

por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,

porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre

y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.

Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.

Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.

A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.

Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia, como había anunciado a nuestros padres, en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.»

(Lc 1, 46-55. Biblia de Jerusalén)

El Cántico de María es un lugar especialmente fértil desde el punto de vista teológico para orientar a los lectores hacia la narración de Lucas.

En primer lugar, identifica sin ambigüedad el objetivo central de la narración de Lucas en términos teológicos (o centrados en Dios).

Ante nuestros ojos se despliega el plan de Dios, decisivamente revelado. Esto es crucial teniendo en cuenta el plan narrativo de la obra, donde existen algunos objetivos que se oponen al plan de Dios sea que estén asociados con Satanás, los gobernantes romanos o las familias sacerdotales. Así mismo, es importante no perder de vista en el texto lucano el contexto de los patrones de vida romanos, patrones que reflejan valores, interpretaciones y convenciones dados por sentados, por ejemplo, sobre la fidelidad a la Torá, la riqueza o el estatus y la pertenencia, que permean a varias personas con las cuales Jesús interactúa. Y esto es un recordatorio de que la revelación cierta y segura del gobierno real de Dios también implica sacar a la luz las aspiraciones y planes contrarios al propósito de Dios.

En Segundo lugar, el canto de María abre una ventana lucana a la identidad de Dios y subraya la fidelidad de Dios a sus promesas. Este Dios tiene un pasado, un presente y un futuro, y su carácter y propósito no vacilan. El Dios que María glorifica es el Dios que se acuerda de su pueblo y de sus promesas, y actúa en concordancia a ello.

Dios salva

Las narraciones, antiguas y modernas, presentan a sus personajes de diversas maneras. En el Evangelio de Lucas, la Canción de María presenta a Dios a través de títulos, descripciones narrativas, vínculos afectivos y demostraciones. Veamos:

(1) Títulos:

Dios es «el Señor», «mi salvador» y «el poderoso» y, afirma María, «Santo es su nombre». María identifica al Dios que celebra como el Dios de Israel, el Señor, cuya compasión por su pueblo y poderosa intervención en su favor se entrelazan.

Es el Señor del cosmos, el Señor de todos los pueblos, el Santo, cuyo propósito para el mundo entero se enfoca en lo que podría parecer un pueblo pequeño y aparentemente insignificante, Israel.

Al referirse a Dios como salvador, María recuerda la historia de Israel, y especialmente el hecho de que Dios haya liberado a Israel de sus enemigos. Como dice en Isaías: «Yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador. A Egipto he dado por tu rescate, a Etiopía y a Seba por ti» (Is 43,3; véanse, por ejemplo, Sal 106 y Is 63,7-9).

Dios dio la salvación a Israel no porque la mereciera, sino por el propio carácter de Dios. Así es como el salmista cuenta la historia:

*Nuestros padres, en Egipto,
no comprendieron tus prodigios.
No se acordaron de tu inmenso amor,
se rebelaron contra el Altísimo junto al mar de Suf.
El los salvó por amor de su nombre,
para dar a conocer su poderío.
(Sal 106,7-8. Biblia de Jerusalén)*

Al referirse a Dios como mi salvador, María personaliza e interioriza los actos liberadores de Dios.

Dios es salvador en el éxodo, esa intervención pasada que fundamenta la relación única de Dios con Israel: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud» (Ex 20,2). Y Dios es salvador para María en el presente: en su relación con Dios, en su condición ante Dios y en su alabanza a Dios. Y, cuando damos un paso atrás para ver el Cántico de María en su totalidad, vemos que el pueblo al que ella representa se hace más evidente.

Aprendemos que este Dios es salvador tanto de la sierva María (Lc 1,46-49) como del siervo Israel (Lc 1,50-56). En la economía de Dios, el pasado, el presente y el futuro se funden; la vida comunitaria y la vida personal fluyen juntas.

En el mundo antiguo, los términos «salvador» y «salvación» tenían a menudo un sentido médico, al referirse a la curación, la salud y el florecimiento humano.

A los médicos se les llama salvadores y se hablaba de la restauración de la salud en términos de ser salvado. Por eso parece tan significativo que el Dios de Israel diga de sí mismo: «Yo soy el Señor que te sana» (Ex 15,26), en relación con los poderosos actos de liberación en favor de Israel y la forma en que los proveyó durante su travesía por el desierto hacia la Tierra Prometida.

Además, en el mundo grecorromano, los términos señor y salvador podían emplearse para referirse a un gobernante, como el emperador Augusto.

Esto es importante para el Cántico de María, que celebra a un Salvador cuyas intervenciones bondadosas, poderosas y salvadoras echan por tierra los planes de los ricos y poderosos de la sociedad.

(2) Descripciones narrativas:

Mostrar y narrar son enfoques básicos que los escritores adoptan cuando construyen personajes. La narración funciona como las referencias modernas a los personajes. Los narradores se extienden en palabras descriptivas sobre el personaje y poco a la descripción de escenas y acontecimientos. María esboza una serie de acciones divinas que describen la intervención de Dios y la naturaleza de su obra salvadora. Si «Dios, mi salvador» funciona como una especie de epígrafe o encabezado para todo el Cántico de María, entonces aquí María precisa las bases o garantías para reconocer a Dios como salvador.

A pesar de los intentos ocasionales de leer el Canto de María como un llamado a la acción social y política humana, el texto de Lucas está, ante todo, centrado en Dios. Dios ha «mirado con favor», Dios ha «hecho grandes cosas», Dios ha «mostrado fuerza», Dios ha «dispersado a los soberbios», Dios ha «derribado a los poderosos», Dios ha «levantado a los humildes», Dios ha «saciado a los hambrientos», Dios ha «despedido a los ricos» y Dios ha «ayudado a su siervo Israel».

Es decir, María no presenta una lista de tareas para la familia humana o incluso para el pueblo de Dios. Más bien, celebra la obra de Dios. Todos los verbos tienen a Dios como sujeto, excepto uno: «Todas las generaciones me llamarán bendita»; incluso aquí, sin embargo, el estatus de bendición de María descansa en las poderosas obras de Dios.

De este modo, María celebra a Dios por su actividad característica evocando sus poderosos actos en el pasado, por los resultados de la bondad de Dios en el presente en favor de ella, y por las consecuencias del nacimiento de Jesús, ahora en el nuevo horizonte cercano. De hecho, no se nos escapa que estas son algunas de sus primeras palabras tras oír del ángel Gabriel que su hijo revitalizaría, por siempre, el trono del rey David. El Cántico de María es, pues, el comentario de María sobre el significado de su inesperado embarazo.

Para María, así es este Dios. Así es como Dios actúa, tanto en el pasado como en el presente que se está desplegando.

(3) Vínculos afectivos:

Los narradores y sus lectores construyen personajes, a menudo a un nivel preconsciente, con la vista puesta en la compañía que conservan y mantienen o rechazan.

Los personajes nos resultan más conocidos por sus vínculos con los demás: ¿Con quién se relaciona Dios, según El Cántico de María? La respuesta es clara.

Dios se identifica primero con María, una persona de humilde condición que, a pesar de todo, es sierva de Dios y receptora de su favor; después, con los humildes y hambrientos, a los que eleva y colma de bienes; y, por último, con Israel, siervo de Dios y receptor de sus antiguas promesas.

Observemos también a aquellos a quienes Dios se opone. Dios se distancia de los que tienen pensamientos arrogantes e inclinaciones orgullosas, de los poderosos entronizados y de los ricos.

María declara que el Poderoso ha «derribado a los poderosos de sus tronos». Los gobernantes de este mundo tienden a imponerse sobre sus súbditos, otorgando favores que siempre exigen un estricto *quid pro quo* (algo a cambio de algo¹), lo cual aumenta su prestigio y eleva su estatus social (Lc 22,25). Sin embargo, esta no es la manera en que actúa el Dios poderoso que María glorifica.

El Dios al que María reconoce no se alinea con la élite de este mundo, ya se mida en términos de privilegio, poder, riqueza o renombre. Más bien, Dios se alinea con los de posición inferior, con los que apenas sobreviven, con los que se encuentran en la periferia de la sociedad, con los que forman parte de un pueblo subyugado.

(4) Demostraciones:

Suele ir emparejada con la descripción narrativa, y proporciona una presentación más completa de un personaje al invitar a los lectores a ver por sí mismos las cualidades del personaje descrito. En lugar de identificar a una persona como ingeniosa, podemos relatar un episodio en el que la ingeniosidad se exhibe para que todos la vean. Por supuesto, el Cántico de María no nos muestra quién es Dios pintando paisajes y narrando acontecimientos. En cambio, María nos muestra quién es Dios recordando las viejas historias. Lo hace a través de las numerosas conexiones que unen las Escrituras de Israel y el Magníficat y, con ello, la identidad y el carácter de Dios. El Cántico de María está repleto de memoria bíblica.

Primero, el Cántico de María evoca una serie de himnos de alabanza presentes en las Escrituras de Israel, entre los que destacan los cánticos de Moisés y Miriam (Ex 15), Débora (Jc 5,1-31), y, especialmente, Ana (1 Sm 2,1-10). Para dar mayor comprensión a este planteamiento, veamos que el profundo giro sociopolítico que celebra el Cántico de María encuentra un claro antecedente en el Cántico de Ana:

Yahveh, enriquece y despoja, abate y ensalza.

Levanta del polvo al humilde, alza del muladar al indigente para hacerle sentar junto a los nobles, y darle en heredad trono de gloria.

(1 Sm 2,7-8. Biblia de Jerusalén)

¹ La traducción de esta locución latina no se encuentra en el manuscrito original en inglés elaborado por Joel Green. La presente traducción lo incluye para favorecer la comprensión de dicha expresión para lectores con poca familiaridad con el latín.

Asimismo, al igual que el Cántico de María, el Cántico de Ana también se centra en la bondad de Dios hacia ella, extendiendo sus palabras de alabanza para incluir la vindicación de su pueblo, a quienes tanto Ana como María representan. De hecho, en un salmo cantado antes de la Pascua las palabras de Ana hacen una breve aparición, celebrando la obra de Dios en el éxodo:

*Él levanta del polvo al
desvalido, del estiércol hace subir
al pobre, para sentarle con los
príncipes, con los príncipes de su
pueblo.*

(Sal 113,7-8)

El Cántico de María pertenece al mismo impulso himnico de celebrar la liberación del pueblo de Dios por parte de Dios, y, ahora, a través del hijo de María.

En segundo lugar, el Cántico de María ocupa un lugar destacado en el gran mural que Lucas ha pintado, que demuestra cómo la intervención misericordiosa de Dios en los nacimientos de Juan y Jesús actualiza los planes que Dios trazó para Abrahán.

El relato lucano del nacimiento comienza con un retrato de Zacarías e Isabel vestidos con las ropas de Abram y Sarai. Son justos, intachables, ancianos y sin hijos, pero ambas mujeres, Sarai e Isabel, dan a luz un hijo. Estos ecos de las Escrituras se suman a un coro de resonancias adicionales con la historia de Abraham y Sara. En el Evangelio de Lucas, estos ecos preparan el terreno para la afirmación de María: "Ha venido en ayuda de su siervo Israel, acordándose de su misericordia, como lo prometió a nuestros antepasados, a Abraham y a su descendencia para siempre" (Lc 1,54-55). Así, Lucas evoca la historia de Abraham y Sara para entrelazar su relato como una continuación de la narrativa bíblica, enfatizando la fidelidad de Dios a su promesa de pacto e identificando la venida de Jesús como la realización de la promesa de Dios a Abraham, de que sería "el padre de muchas naciones" (Gn 17,4).

Dios salva... y Dios se propone

El reto al que se enfrenta cualquier narrador sea que escriba historia, biografía o novela, es el problema del principio: ¿Por dónde empieza? ¿Cómo indica el escritor la lógica por la que los acontecimientos iniciales se muestran como el producto de fuerzas dentro de la propia narración?

Es bastante fácil decir que Lucas comienza su narración con los nacimientos de Juan y Jesús, que estos nacimientos fundamentan la declaración de la buena nueva que caracteriza sus

respectivas misiones (por ejemplo, Lc 3,18; 4,18). Para Lucas, sin embargo, esto no es suficiente y envuelve estos relatos en un ropaje escriturístico, ya que reconoce desde el principio que sus esfuerzos están vinculados a un propósito más amplio, profundamente arraigado en las Escrituras de Israel. El comienzo de la buena nueva es anterior a Juan y Jesús. Por tanto, quien quiera entender a Juan y a Jesús debe leer mirando hacia atrás, volviendo una y otra vez a las Escrituras de Israel. Si no lo hace, su comprensión del carácter y las exigencias de la salvación de Dios se marchitará.

La decisión de Lucas de incluir las historias de Juan y Jesús en las Escrituras de Israel y, más profundamente, en la agenda de Dios es importante también en otro sentido. Los lectores de Lucas podrían preguntarse acerca de Juan, por ejemplo: ¿Es realmente un agente de la buena nueva de Dios? Al fin y al cabo, Herodes el soberano lo encarcela con bastante rapidez, y más tarde nos enteramos de que ese mismo Herodes lo mandó decapitar (Lc 3,19-20; 9,7-9). ¿Y qué hay de Jesús? La gente de su propia sinagoga lo rechaza, confunde a sus amigos más íntimos hablando de sufrimiento y muerte, se topa con la oposición de las autoridades de Jerusalén y de los representantes de Roma, y sufre una muerte de lo más vergonzosa que seguramente socavaría cualquier afirmación sobre su condición de emisario de Dios (Lc 4,28-29; 9,44-45; 18,31-34; 20-23). Si era el Cristo de Dios, el Elegido, el rey de los judíos, el redentor de Israel, ¿cómo se explica su muerte en una cruz romana (Lc 23,35-39; 24,19-21)?

La narración que escribe Lucas no enmascara estas realidades como si fueran novedades incómodas que debieran ser minimizadas, ocultadas u olvidadas. Por el contrario, desde el principio, Lucas inscribe la historia que quiere contar en la historia mayor del antiguo propósito de Dios. Por extraño que pueda parecer, estos acontecimientos cumplen las promesas divinas y realizan el propósito de Dios. Así pues, la narración de Lucas sirve al propósito característico de la escritura histórica al mostrar cómo el pasado ha preparado, anticipado y conducido al presente. Y la narración de Lucas confirma la buena nueva y a quienes la abrazan fielmente, basada como está en la propia obra de Dios.

Entendiendo así los objetivos literarios de Lucas, no debe sorprendernos que él haya dado sabor a sus escritos con un lenguaje de necesidad divina, cumplimiento, destino y propósito². Algunos ejemplos:

«Comenzó (Jesús), pues, a decirles: Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.» (Lc 4,21)

«Pero él (Jesús) les dijo: También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado.» (Lc 4,43)

«Y él (Jesús) les dijo...: Pero conviene que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén.» (Lc 13,33)

Jesús dice: «Pero la mano del que me entrega está aquí conmigo sobre la mesa. Porque el Hijo del hombre se marcha según está determinado. Pero ¡ay de aquel por quien es entregado!» (Lc 22,1-22)

...diciendo (Jesús): «Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.» (Lc 22,42)

Jesús dice: «¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26)

Estos textos lucanos ayudan a ilustrar algo del gran énfasis del evangelista en el designio de Dios. Tienden a centrarse en el modo en el que Jesús se acompaña con el plan de Dios; sin embargo, es importante tener en cuenta que esto no quiere decir que la búsqueda y el servicio de Jesús respecto al plan de Dios sea una conclusión inevitable. La escena de la tentación (Lucas 4,1-13) retrata una lucha sobre lo que significa para Jesús ser el Hijo de Dios. En el Monte de los Olivos, Jesús lucha en oración con la cuestión del plan de Dios (Lucas 22,39-46). Son indicaciones importantes de que el objetivo de Dios tiene competidores dentro de la narración de Lucas. De hecho, no todos elegirán servir al propósito de Dios, y, algunos dudarán en su fidelidad.

Aun así, Lucas nunca duda de si el plan de Dios se llevará a cabo, aunque no siempre tengamos claro *cómo* se cumplirá el propósito de Dios o quién abrazará y servirá a la voluntad de Dios. Las «tinieblas» reinan cuando Jesús es arrestado (Lc 22,47-53). A la muerte de Jesús, la tierra queda sumida en las tinieblas durante tres horas (Lc 23,44-45). Estos momentos significan la fuerza de la influencia de Satanás.

De hecho, el poder de Satanás aflora en otras partes del Tercer Evangelio, por ejemplo, en la devastadora enfermedad de la mujer encorvada, reconocida en el texto como hija de Abraham (Lc 13,10-17), o en su coacción a Judas Iscariote para que traicione a Jesús (Lc 22,3). Jesús observa que Satanás tamizará a todo el grupo de discípulos como un labrador tamiza el trigo (Lc 22,31). Aunque el reino del diablo esté en ruinas (Lc 10,18-19; 11,17-22), sigue siendo un adversario poderoso.

Objetivos adicionales al plan de Dios hacen también su aparición en la narrativa. ¿Cómo debemos interpretar la ley del sábado: apoyando la curación o negándola (Lc 14,1-6)? ¿Nos abriremos camino hacia las posiciones de poder y privilegio o abrazaremos el camino de la humildad (Lc 14,7-11)? ¿Invitaremos a nuestra mesa a los que pueden invitarnos a la suya o a los que no pueden (Lc 14,12-14)? ¿Cuál es nuestro comportamiento con las viudas (Lc 18,1-8; 21,45-21,4) o con los niños (Lc 18,15-17)? Las opciones abundan, pero se resuelven, por una parte, en una decisión singular de buscar y servir, o, por otra, de oponerse al gobierno real de Dios.

Decisiones como ésta salpican el paisaje de la narración de Lucas con resultados a veces sorprendentes. Los que tienen formación religiosa, los que tienen profesiones religiosas, la gente con recursos, la gente de estatus, a me-

nudo dan la espalda al plan de Dios representado por Jesús. Las mujeres, los recaudadores de impuestos, los pecadores, los marginados, acogen, escuchan y abrazan el propósito salvador de Dios.

Los personajes del Evangelio de Lucas se sitúan en relación con el objetivo divino que define e impulsa esta narración. Y no es exagerado decir que los lectores de Lucas tienen ante sí la misma oportunidad. Nosotros también recibimos la invitación: meditar sobre las promesas de Dios, a ser testigos de la misión de Jesús y, después, a declarar lealtad al Dios cuyo propósito salvador revela el Evangelio de Lucas.

Dios Habla

Una lectura superficial del Evangelio de Lucas podría llevar a la conclusión de que Dios no es un personaje central. Se le menciona con suficiente frecuencia, y el desarrollo de la narrativa de Lucas a menudo gira en torno a la pregunta de quién entiende y practica mejor la voluntad de Dios. Sin embargo, Dios nunca aparece en escena y sólo en dos ocasiones oímos directamente su voz. No obstante, Dios se comunica de diversas maneras.

Experiencias visionarias

En el relato que hace Lucas del sermón pronunciado por Pedro en Pentecostés (Hech 2), es citado un pasaje del profeta Joel:

Sus jóvenes verán visiones.
Sus mayores soñarán sueños.
(Hechos 2,17; cf. Joel 2,28)

Para quienes leen juntos el Evangelio de Lucas y los Hechos, estos resultados de la efusión del Espíritu de Dios continúan un énfasis que ya se encuentra en el Tercer Evangelio. Las visiones son medios de revelación. Encontramos este motivo también en las Escrituras de Israel, así como más ampliamente en la antigüedad romana, que consideraba tales experiencias como medios de guía divina.

Desde finales del siglo XX, los investigadores han situado las experiencias visionarias bajo el paraguas de los estados alterados de conciencia, a menudo desencadenados por comportamientos rituales con carga religiosa, como la oración, el culto o el ayuno. Por supuesto, los estudios neurobiológicos contemporáneos no explican las experiencias visionarias, pero sí fomentan la idea de que, sean lo que sean, las experiencias visionarias son fenómenos corporales.

El Tercer Evangelista sitúa a menudo las experiencias visionarias en el contexto de la oración (por ejemplo, Lc 3,21-22; 9,28-36; 22,39-46) y el ayuno (Lc 4,1-13), pero prosigue con esos relatos sin necesidad aparente de calificarlos de extraordinarios o de defenderlos contra los escépticos.

En el camino de Emaús, por ejemplo, los compañeros de viaje de Jesús cuentan de forma simple y directa, sin asomo de escepticismo, que unas discípulas oyeron a unos ángeles de-

cir que Jesús estaba vivo (Lc 24,22-23). Para Lucas, las experiencias visionarias no parecen ser más destacables que entrar en una casa como invitado o compartir una comida. En la narrativa de Lucas resalta no solo la abundancia de estas experiencias en el contexto romano, sino también el carácter religioso que permea toda la vida, desde entrar a los hogares hasta compartir una comida.

Las experiencias visionarias se encuentran en tres fases del Evangelio de Lucas. La primera fase incluye las narraciones de los nacimientos, donde las experiencias visionarias elevan acontecimientos aparentemente ordinarios como concebir un hijo o dar a luz, a alturas teológicas asombrosas. Los mensajeros del Señor revelan la identidad y las funciones que Juan y Jesús tendrán en la obra de Dios para cumplir sus promesas, rescatar a Israel y, de hecho, salvar al mundo.

La segunda fase se refiere al ministerio de Jesús, en el que las experiencias visionarias se enmarcan en el contexto más amplio de la oración (Lc 3,21; 9,29; 10,21), donde enfatizan y desarrollan la identidad y la misión de Jesús.

La tercera fase incluye los relatos de la pasión y la resurrección, en los que, por un lado, se muestra a Jesús que discierne y se somete a la voluntad de Dios; por otro lado, esta tercera fase muestra a las mujeres que han acudido a atender el cadáver de Jesús, quienes comparten una experiencia visionaria centrada en el mensaje del Maestro sobre su inminente resurrección.

Oración como experiencia revelatoria

Comparado con los demás evangelios del Nuevo Testamento, el Evangelio de Lucas es el que retrata con mayor intensidad a Jesús orando e instruyendo a sus seguidores sobre la oración.

Para Lucas, la oración es una oportunidad de revelación divina y el medio por el que confirman que los acontecimientos que narra se desarrollan según los designios de Dios.

Varios puntos de inflexión en la narración de Lucas se producen en el contexto de la oración. Por ejemplo:

- El bautismo de Jesús: «y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia» (Lc 3,21-22).
- La confesión de Pedro sobre Jesús como «el Cristo enviado de Dios», con la pregunta sobre la identidad de Jesús planteada «mientras Jesús oraba» (Lc 9,18-20).
- La transfiguración de Jesús: «Mientras oraba, cambió el aspecto de su rostro y sus vestidos se volvieron blancos como un relámpago. ... Entonces una voz desde la nube dijo: 'Este es mi Hijo, mi elegido. Escúchenlo'». (Lc 9,29-35). Estos textos identifican la oración en relación con la comunicación con Dios, por supuesto,

pero también con la comunicación de Dios. Dios revela y los que oran escuchan lo que Dios ha revelado.

En términos más generales, Lucas sitúa ejemplos de oración a lo largo de su narración como si fueran hitos que garantizan que se ha tomado la senda correcta. En este sentido, las escenas de oración validan la trama del Evangelio de Lucas. Podríamos decir que, a través de sus escenas de oración, Lucas apoya su objetivo de ofrecer un relato ordenado que proporcione a su audiencia «confianza en la solidez de la instrucción» que han recibido (Lc 1,4).

Los dos libros de Dios

Los «dos libros de Dios» es una metáfora antigua, aún vigente, que representa la creencia de que Dios se revela principalmente en las Escrituras, pero también a través de la naturaleza. Como dijo Agustín: «Algunas personas leen libros para encontrar a Dios. Pero la misma manifestación de la creación de Dios es un gran libro». Aconsejaba: «Reflexionen religiosamente sobre el cielo y la tierra».

La teología narrativa de Lucas es profundamente deudora de las Escrituras de Israel, pero también encontramos las huellas divinas más ampliamente: en el mundo natural.

Al plantear la cuestión del mundo natural quiero simplemente llamar la atención sobre un puñado de textos que identifican el potencial de escuchar la voz de Dios en el mundo natural.

Por ejemplo, el Evangelio de Lucas incluye textos que revelan algo sobre el carácter de Dios como aquel que no olvida, sino que cuida de los gorriones aparentemente sin valor, alimenta a los cuervos y viste de belleza los lirios y la hierba del campo (Lc 12,6.24.27-28). El mundo natural puede servir de mapa orientativo. «Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas» (Lc 21,25).

Aun así, difícilmente podemos exagerar la importancia de las Escrituras de Israel para el Evangelio de Lucas. Por ejemplo, José y María llevan a Jesús al templo en obediencia a la Ley del Señor (Lc 2,21-24). Así, Lucas cita a Lv 12,8 en referencia a la ofrenda a Dios tras el nacimiento de un niño de madre empobrecida: «un par de tórtolas o dos pichones de paloma». Esto ayuda a subrayar la importancia permanente de la Torá para el pueblo de Dios. Lucas cita Is 40,3-5 «una voz que clama en el desierto» al comienzo del ministerio profético de Juan (Lc 3,4-6), mostrando que la misión de Juan pertenece a la restauración de Israel e identificando a Juan como el profeta del desierto que prepara el camino para el Señor. El propio Jesús cita a Isaías en su discurso inaugural en la sinagoga de su ciudad natal, situando de nuevo su misión dentro del proyecto salvador de Dios de restaurar a su pueblo del exilio: Este es el jubileo, el año del favor del Señor (Lc 4,18-19; Is 61,1-2; 58,6).

¿Qué podemos decir del uso que Lucas hace de las Escrituras?

En primer lugar, y lo que es más importante, Lucas ha elaborado una narración que es una continuación consciente de la narración de las Escrituras.

En segundo lugar, el empleo intertextual de Lucas atestigua la unicidad del propósito de Dios. La continuidad desde la historia de Abraham y Sara hasta el Evangelio de Lucas pone de manifiesto que el advenimiento de Jesús pertenece a la avenida principal del plan de Dios, no a un simple callejón, ni a un callejón sin salida, ni mucho menos a una carretera que se bifurca en una dirección nueva o imprevista.

En tercer lugar, la misión de Jesús retoma y amplía aspectos cruciales ya presentes en las Escrituras de Israel. Así, Jesús articula su declaración de misión con las palabras de Isaías, su énfasis en el pueblo marginal está profundamente arraigado en la ley y los profetas, y los impulsos hacia la inclusión de los gentiles se fundamentan en las Escrituras.

Dios empodera y da forma a su pueblo

Hablar de empoderamiento divino en el Evangelio de Lucas es referirse ante todo al Espíritu Santo. Retrospectivamente, el discurso de Pedro en el relato de Pentecostés interpreta el ministerio de Jesús en estos términos: "Jesús el Nazareno era un hombre acreditado por Dios ante ustedes mediante milagros, prodigios y señales que Dios realizó entre vosotros por medio de él" (Hch 2,22). El actuar de Dios se esclarece en el sermón de Pedro a Cornelio y su familia: "Vosotros conocéis a Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió con el Espíritu Santo y dotó de poder.

Jesús pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hch 10,38). Ungido con el Espíritu, Jesús participó en un ministerio itinerante caracterizado por compartir los generosos dones de Dios y por sanar a los endemoniados.

El Evangelio de Lucas destaca la presencia poderosa del Espíritu Santo de cuatro maneras. En primer lugar, el Espíritu Santo se muestra sorprendentemente activo en los primeros capítulos del Evangelio de Lucas (1,5-4,13), antes del inicio del ministerio público de Jesús (Lc 4,14). Juan "será lleno del Espíritu Santo incluso antes de nacer" (Lc 1,15). Después, el padre de Juan "fue lleno del Espíritu Santo" (Lc 1,67). También Isabel es "llena del Espíritu Santo" (Lc 1,41). Lo mismo podría decirse de Simeón, sobre quien se posa el Espíritu Santo y le revela que verá al Ungido del Señor.

A su vez, Simeón es conducido por el Espíritu al templo, donde se encuentra con Jesús y sus padres y profetiza sobre la misión de Jesús (Lc 2,25-35). El Espíritu Santo posibilita activamente el discurso inspirado, participa en lo que podríamos llamar coreografía divina y califica a alguien como Simeón de hombre santo. La narración de Lucas subraya también el carácter fiable del comentario y la previsión de Isabel, Zacarías, Simeón y María. Estos cuatro no se limitan a dar voz a opiniones individuales o esperanzas particulares. Son figuras proféticas que, bajo la influencia del Espíritu Santo, dan voz al plan de Dios.

El papel del Espíritu Santo es aún más destacable en el caso de Jesús. Su concepción está ligada a la actividad del Espíritu. Cuando María se pregunta en voz alta cómo va a tener un hijo, ya que no ha tenido relaciones sexuales, Gabriel le anuncia: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, el que va a nacer será santo. Será llamado Hijo de Dios" (Lc 1,35). De este modo, el relato de Lucas reconoce que el poder creador del Espíritu está detrás del nacimiento de Jesús, aunque no explica cómo sucede. Adicionalmente, la intervención del Espíritu Santo está correlacionada con la identidad y vocación de Jesús como Hijo del Altísimo que asume el reinado del rey David y reina para siempre.

Segundo, el bautismo de Jesús está marcado por la venida del Espíritu Santo sobre él, acontecimiento asociado de nuevo a su identidad como Hijo de Dios (Lc 3,21-22). Lleno del Espíritu, Jesús es guiado al desierto, donde se cuestiona la naturaleza de su filiación divina. Regresa "con la fuerza del Espíritu", después del relato de la tentación y en previsión de su misión en Galilea, anuncia: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (Lc 4,1). Jesús actúa en la esfera del Espíritu Santo. Obsérvese cómo la proclamación de Jesús subraya así el fundamento concedido por el Espíritu de las vertientes sociales, religiosas, económicas y políticas de la misión de Jesús. Lucas observa más adelante que Jesús lleva a cabo su ministerio en el poder del Espíritu.

Tercero, un componente ubicuo de la insistencia de Lucas en la presencia poderosa del Espíritu Santo es el papel de éste en la interpretación fiel de las Escrituras. El Cántico de Zacarías es ejemplar en este sentido, ya que su incredulidad inicial da paso a una palabra profética inspirada por el Espíritu y entremezclada con motivos escriturísticos (Lc 1,67-79). Lucas demuestra que la interpretación fiel está guiada por el Espíritu.

Cuarto, el Evangelio de Lucas anticipa la efusión del Espíritu Santo sobre los fieles (Hch 2, 1-49). Jesús, como proclama Juan, "los bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3,16). Jesús promete que el Padre dará el Espíritu Santo a los que lo pidan (Lc 11,13) y más tarde instruye a sus seguidores: "Miren, yo les envío lo que mi Padre les ha prometido, pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean dotados del poder celestial" (Lc 24,49).

La experiencia de Jesús con el Espíritu Santo y la promesa que establece a sus discípulos respecto a la futura efusión del Espíritu, están

entrelazadas en la interpretación de Lucas.

Estas orientan a la venida escatológica de Dios para arreglar las cosas, al empoderamiento de Jesús y sus seguidores para la misión, y a la habilitación de un nuevo orden social que encarna, sirve y refleja el reinado de Jesús. Para los seguidores de Jesús, el poder habilitador de Dios se acerca en la obra del Espíritu para que puedan discernir, abrazar, servir y proclamar el plan redentor de Dios.

Reflexiones

El Evangelio de Lucas puede parecer una biografía centrada en la historia de Jesús. Ciertamente, tiene rasgos biográficos.

Sin embargo, antes de centrarse en Jesús, el Evangelio de Lucas se sitúa firmemente en la narración más amplia del propósito de Dios.

El Evangelio de Lucas se ocupa sobre todo del Dios de Israel que se ha acercado para salvar a su pueblo y, al hacerlo, ha demostrado su fidelidad a su pueblo y a sus promesas. Esto es cierto incluso cuando extiende la invitación y los beneficios de la salvación en toda su plenitud a todos los pueblos. Dios salva, Dios se propone, Dios habla y Dios empodera: las actividades de Dios en el tercer Evangelio definen al Dios que Lucas retrata.

Haciendo lo que podríamos llamar teología narrativa, Lucas muestra que el propósito de Dios se revela a través de las Escrituras, la coreografía divina, las experiencias visionarias, la obra del Espíritu Santo, el mundo natural y mucho más. La narrativa de Lucas: ¿se trata de Dios!

